

A propósito de...

Antton Obeso

... un encuentro.

Quienes hemos permanecido siempre censados en la Villa viéndola crecer en población (11.000 h. aprox. en 1950 y 40.000 h. aprox. en la actualidad) pienso que nos sentimos un tanto perdidos. En un tiempo nos conocíamos las familias. Sabías a qué linaje pertenecía cada cual. Había un referente que te situaba. Hoy ya es un poco difícil. De vez en cuando surge entre la concurrencia un rostro conocido en el tiempo y le saludas por el mero hecho de esa familiaridad cuando ya has olvidado su nombre y cualquier otra particularidad.

Así sucede que un día coincides en ... un autobús, por un suponer, cuando ni te imaginas cuánto tiempo ha transcurrido que no te ves con esa persona. Acaso, años. Cuando, además, nunca en la vida has sostenido una conversación... que la puedas recordar, salvo el saludo de paso. De haberse cruzado contigo en la calle mil veces. Eso sí. Pero ninguna otra circunstancia habida. Y, de pronto, está a tu lado, y surge inevitable la conversación como si fuera un día más de animada charla. Y puedes observar que todavía conserva su porte juvenil, su gesto amable, su franca sonrisa y que no ha perdido un ápice de viveza en su mirada. Además... ¡con ese pelito corto!

... Ángel.

La calle era nuestra y correteábamos afanosos de aventura imaginándonos ser espadachines, piratas, héroes en definitiva, hasta que la caída de la tarde sugería la realidad de nuestra condición de chicos que, necesariamente, a una hora determinada, habíamos de retirarnos a nuestras casas, so pena recibir una encarecida reprimenda que, así y todo, a menudo sucedía.

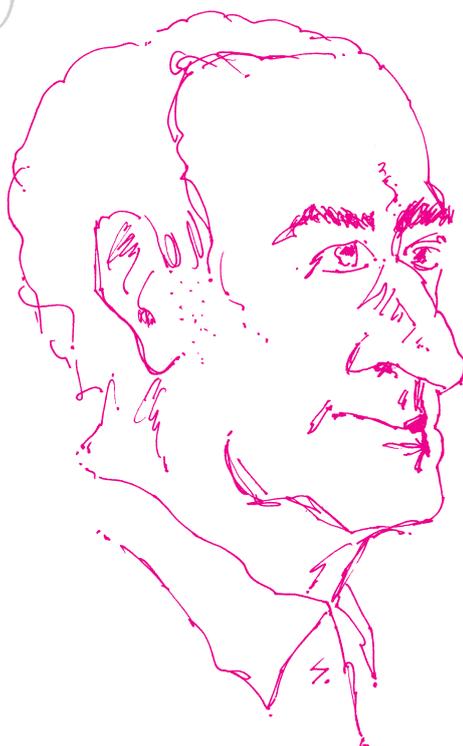
Angelito, así lo llamábamos entonces, era uno más, compañero, por lo tanto, de confianzas e ilusiones en aquellos años, comienzos de los cuarenta; años de carencias y expectativas. Un tiempo en que, un tebeo ante nuestra mirada curiosa, una merienda de pan y chocolate y salir a la calle y reunirnos la pandilla para compartir la aventura, estimulaba nuestras vidas y nos hacía libres. La calle era nuestra. No había coches. Y el barrio pronto se nos antojó estrecho.

Angelito era un chico de evidente pundonor. Le dolía perder una carrera, ésas que hacíamos

carretera adelante, apartándonos a un lado, sin dejar de correr, cuando, alguna vez, casualmente, aparecía un coche. Se le notaba su malestar por el fracaso, cuando no ganaba. Ese empeño suyo en ser el mejor, que le trascendía a pesar de que lo intentaba disimular.

El descubrimiento del cine supuso en nuestra infancia la aventura más insospechada, allí, encaramados en las gradas de general del Reina o del On-Bide, según, en la sesión infantil de las tres de la tarde del domingo, absortos siguiendo las andanzas de Stan Laurel y Oliver Hardy, Cantinflas, Chaplin, Sandrini (hoy tan olvidado este cómico argentino con su cadencioso lenguaje), Bob Hope, después. Pero una vez superada la primera impresión y habituados al evento, lo que nos mantenía realmente postrados en mística quietud, claro está, no podían ser menos que las carabelas surcando los mares con tanto pirata y las del Oeste con sus vaqueros y pistoleros cabalgando por las verdes praderas.

Los límites territoriales de nuestras correrías se ampliaban con el tiempo y el bosque Marcola, en las Agustinas, bien podía ser la selva donde encontrarlos con Tarzán-Weismuller, y el *pueblo peligroso*, así lo llamábamos, donde transcurrían con romántica lentitud los vagones que acarrearaban mineral desde las minas de Arditurri hasta el puerto de Pasajes, los



raíles del Orient-Express. Pero donde sí hubo verdadera aventura, se le ponen a uno los pelos de punta, cuando sorprendidos en robar manzanas, el casero soltaba al perro y salíamos corriendo como locos. Y no era precisamente la aventura lo que buscábamos en tales lances. En esos años de posguerra el bocadillo de la merienda no era muchas veces suficiente para saciar el apetito.

Del Touring éramos todos sin vacilación alguna y la "Real" se nos antojaba fuera de nuestros propósitos como lejanos eran también San Sebastián y Atocha. Eso sí, empezaba a surgir en algunos de la pandilla la devoción por el "Athletic", esnobismo que afectaba como un sarampión a los mayores. Por otra parte, entrar en el campo de Larzabal sin pagar era de esos objetivos que, alguna vez, se consiguió.

El Guerrero del Antifaz, *Roberto Alcazar y Pedrín*, *Jabato* y *El Capitán Trueno* dieron paso a las del Oeste de M.L. Estefanía y *El Coyote*. Empezábamos a sentirnos mayores. Pero, sentirse uno verdaderamente hombre sucedió cuando, habiendo estrenado pantalón largo y corbata el domingo, sin esconder el pitillo, en la barra del Rosa, la cuadrilla, pedimos el consabido vermut. ¡Señor, qué sensación!, exclama siempre Andoni cuando lo recuerda. También sucedió que nuestras vidas comenzaban a tomar distintos rumbos. Ya se sabe, motivos laborales y mil circunstancias que nos llevan por otras sendas. No obstante siempre surgían momentos para tomar unos *chiquitos* y hablar de nuestras inquietudes juveniles. También, alguna vez, coincidíamos en la Alameda del domingo noche para pedir el favor de un baile esperando la sonrisa de la chica al son de un pasodoble o de un bolero de Machín.

El filo de la navaja, aquella película de Gouling, de finales de los cuarenta, que con cierta expectación llegó a nuestras pantallas, impresionó a Ángel. En esas conversaciones surgidas en el calor de la confianza en que hablábamos de sentimientos conmovidos, Ángel dejaba notar de qué modo el personaje de Larry Darrell, interpretado por un Tyrone Power en su mejor momento, hizo mella en su conciencia. La compleja humanidad del personaje, el desencanto producido por una sociedad frívola y un espíritu atormentado en la búsqueda de la verdad y de la fe, búsqueda de la paz espiritual, en definitiva, le incitó a hacerse con la obra de Somerset Maugham, en la que estaba basada la película que cuestiona tantos valores humanos, para leerla una y otra vez.

Unido a su pundonor, que nunca le abandonó en su vida, a Ángel le caracterizaba un sentido del humor realmente admirable. Sentido del humor que le venía de familia. Todavía recuerdo, niños aún, que fui una tarde a buscarle a su casa. Salió su tío Emilio a

la puerta a quien pregunté por Angelito. Tío Emilio me contestó que Angelito no estaba, que había ido al campo a por hierba para la radio. Y antes de que saliera de mi perplejidad, tío Emilio me empujaba, pasillo adelante, hasta la habitación de mi amigo donde se hallaba atareado con los deberes escolares.

Pienso que Ángel superó a su tío Emilio. Calmoso, lento a veces, disfrutando él mismo, pienso yo, de la fábula que contaba, sin descomponer el gesto en momento alguno, relataba sucedidos donde, él mismo muchas veces, era uno más de los personajes, a los que describía con indudable humanidad, envueltos en mil enredos y cuando llegaba al final y despertaba del sueño, nos cogía siempre sorprendidos, soltando inevitablemente la carcajada. Todo estaba en su imaginación. Sabía tomarse en broma a sí mismo en cualquier momento con elegancia, sensibilidad, inteligentemente. Hubiera podido ser un escritor con suerte.

Siempre que nos hemos encontrado, aún habiendo pasado tiempo cada vez, ha surgido la conversación como si la hubiéramos dejado el día anterior.

Ángel ya no está. Se ha ido. Nos ha dejado. Seguro que quienes ahora le acompañan estarán disfrutando de su compañía. Aquí, a los que le conocimos, nos ha dejado esa lección de su pundonor y de su admirable sentido del humor. Un rico legado, inolvidable. Inolvidable... Ángel Santamarta.

... Miller.

La tragedia de Willy Loman, el vendedor que arrastra su fracaso profesional hasta las últimas consecuencias sin poder conseguir el éxito apetecido, el reconocimiento social, una buena cuenta bancaria y una vivienda digna, este soñador impenitente de "Muerte de un viajante", este perdedor, fue quien proyectó al éxito a su autor Arthur Miller, que, con esta obra, consiguió el codiciado premio Pulitzer y el reconocimiento mundial. La crítica al llamado "sueño americano" estaba servida, pero quizá Miller no era consciente, en ese momento, que el tal "sueño", que refleja su "Muerte de un viajante", no es privativo de su país, ya que su obra habría de entenderse perfectamente en toda sociedad donde la ambición de poder y del éxito fácil está también vigente. Miller, hijo de emigrantes austríaco-judíos, triunfa poniendo en solfa la debilidad del americano medio que ambiciona instalarse en lo establecido, en la sociedad del bienestar.

Miller, por sus evidentes ideas marxistas, es citado por el Comité de Actividades Antiamericanas. No obstante, la ley le protege y evita declarar. Son los años de la Guerra Fría y su país se halla



com-
prometido en una
Europa que se encuentra dividi-
da. Fisura que se vería materializada en el
año cincuenta y nueve por un muro de cemento y
hierro que, partiendo de Berlín, haría imposible la
comunicación entre el Este y el Oeste.

“Las brujas de Salem”, la historia sobre las
acusaciones de brujería en la pequeña localidad de
la Nueva Inglaterra, supone el mayor alegato sobre
los juicios del mencionado Comité, una dura metá-
fora que Miller expresa con cierta ira aunque, pasa-
do el tiempo, y cuando la vida le va venciendo, en
esa obra, “Después de la caída”, que viene a ser un
examen de conciencia personal, Miller se explica
por boca de Holga, uno de sus personajes: *Sí, en
verdad, no es fácil volverse contra el propio país; no
lo es durante una guerra. ¿Se volvieron los nortea-
mericanos contra su patria a causa de Hiroshima?
Nunca faltan razones.* Es posible que Miller buscara
una justificación a su proceder.

Todo el mundo lloró por la muerte de la rubi-
ta Marilyn y todo el mundo hubiéramos estado allí
para despedirla y elevar una oración. Pero, quien
pudo estar y no estuvo, ese fue su ya exmarido
Miller. Joe De Maggio, campeón de base-ball, siem-
pre mostró su cariño por la que, en tiempo pasado,
fuera su esposa y le pareció incomprensible la
ausencia del dramaturgo. Tampoco se hicieron
notar el político, a quien Marilyn cantara un emo-
cionado “Happy birthday to you” en un multitudi-
nario festejo poco tiempo antes, ni el chansonnier
con quien compartió cartel en “El multimillonario”
y que se jactaba de haber recibido sus favores.

Es verdad que cuando nos enteramos que la
desgraciada Norma Jean se casaba con el intelectual

Miller respiramos tranquilos pensando que, por fin,
Marilyn encontraba la felicidad. Pero no fue así. Tam-
poco el intelectual fue capaz de comprenderla. Como
los demás mortales, había sucumbido a sus encantos
atraído como una polilla a la luz, según explicó él
mismo. Y haciendo caso omiso de esa norma que
Saroyan se aplicaba *‘sé que, como escritor, hay
mucho que debo guardar en silencio’*, lo que hizo fue
hacer oficio y tratar de justificar mil veces su postura.
“Vidas rebeldes” fue la última película de Marilyn,
cuyo guión Miller escribió poniendo el mayor énfasis
en el personaje femenino descarnando las fibras ínti-
mas de su personalidad. Más tarde, en su obra de
mayor contenido autobiográfico, “Después de la
caída”, trata de su vida con Marilyn desde un perso-
naje, Quentin, abatido por la sensación del fracaso
personal a pesar de su triunfo como abogado.

La chica feliz deseada por todos los hombres,
como ella misma decía en son de burla, era una
mujer atribulada cuyo desaliento iba en aumento por
más soluciones que buscarse, una mujer dominada
por el destructivo avance de su desesperación, según
opinión de su marido Miller. Una mujer de talento,
también, que fue utilizada y, en el peor de los casos,
engañada por tanto charlatán y perdonavidas que
abusaron de su generosidad y después la abandonaron
con una escapada a la francesa y sin tener en
cuenta sus sentimientos. Pero uno se pregunta
¿hasta qué grado hemos sido todos injustos con
ella? Es verdad que Miller y tantos la pusieron contra
la pared ante la mirada de todos, y... ¿quién puede
decir que la amó de verdad y que, por lo tanto, no
apretó el gatillo de la codicia?

En pleno desarrollo del Festival de Teatro de
Eibar, en el pasado mes de febrero, donde, entre
otras obras, se representaba “El precio”, de Arthur
Miller, nos llega la noticia de su fallecimiento cuan-
do estaba a poco de cumplir los noventa años de
edad. Juan Echanove, protagonista de “El precio”,
en ese momento en Eibar, dirá, en unas sentidas
declaraciones: *Contigo, Arthur, se me va el cirujano
del alma humana. Se me va el fino sentido del
humor ante las cosas más tremendas. Se me van
contigo las palabras mágicas que hacen aparecer
las emociones en los ojos de los espectadores.*

Sin duda alguna, Arthur Miller, con sus luces
y sombras, es uno de los grandes de la literatura del
siglo XX, con Beckett, Anouilh, Tennessee Williams,
Elmer Rice, Saroyan, tantos... y que, en “Después
de la caída” intentó despejar su conciencia de un
proceder personal que le atenazaba, que no sabe-
mos hasta dónde lo consiguió, y que en “Muerte
de un viajante” nos dejó desnudos al despertarnos
de ese *sueño* de ambiciones de poder y riqueza en
el que nos vemos arrastrados los humanos.